

# Aquella tarde. Aquella noche \*

(Testimonio sobre el 10 de junio de 1971)

---

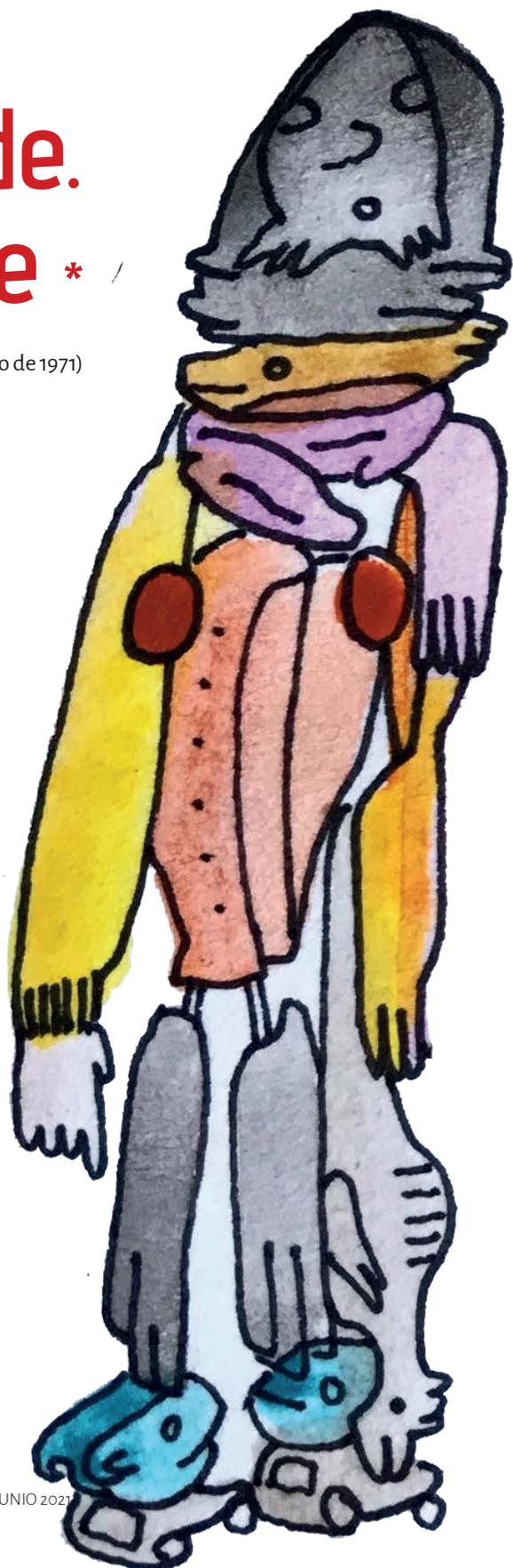
Jorge A. Villamil Rivas  
joalvillamil@yahoo.com.mx

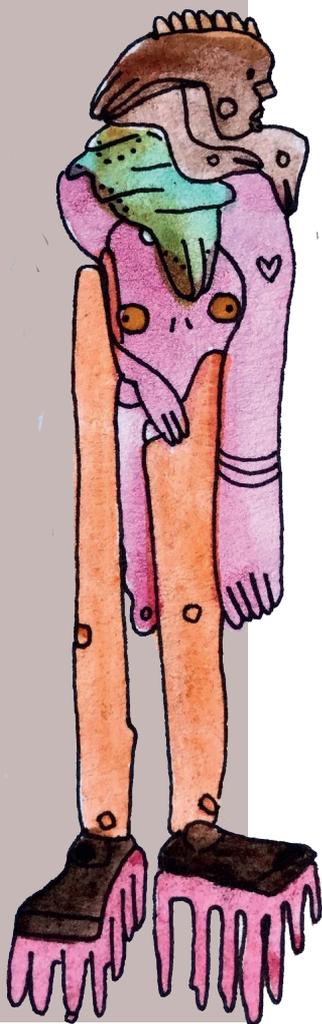
---

*El 10 de junio se conmemora una tragedia, una más de las múltiples represiones sangrientas que han llenado de oprobio las páginas recientes de nuestra historia patria. Contribuir al recuerdo de hechos que debieran mantenerse siempre en la memoria, es tarea ciertamente ingrata pero necesaria. Estas líneas se inscriben modestamente en este esfuerzo. Abierta la puerta a los recuerdos me atrevo a esbozar, a manera de testimonio personal algunos de los hechos que me tocó vivir en esa tarde-noche de violencia, más con el afán de agregar un testimonio que de externar opiniones.*

**A**quel 10 de junio del año 1971, ocurrió un ominoso crimen de Estado, fue el *festín de los halcones*, el recordado baño de sangre con que el régimen del entonces presidente, Luis Echeverría Álvarez, pretendió detener la inconformidad juvenil que la masacre del 2 de octubre de 1968 no pudo eliminar y que, casi tres años después, afloraba nuevamente con intensidad. Esos sucesos imborrables, momentos cruciales de la vida política del país, fueron despiadada

\* Presentación del libro *Si porque me ven con botas* de Héctor González. Texto revisado.





advertencia de la necesidad de cambios democráticos urgentes.

La matanza no se justificó entonces, no se justificó después y no se podrá justificar jamás. Es inadmisibles que a la disidencia política se le reprima con muerte y brutalidad. Lo que ocurrió ese “jueves de corpus” demostró que, el nuestro, era entonces un país silenciado por la violencia.

La Preparatoria Popular (PP) había nacido de una lucha triunfante, y ya en su tercer año, se desarrollaba con solidez y estrechamente relacionada con las organizaciones estudiantiles revolucionarias de aquellos años. La escuela había ganado su reconocimiento formal el 2 de julio de 1968, luego de una vigorosa

movilización durante seis meses contra el *examen de admisión* (examen de rechazo) a las preparatorias de la UNAM. Había conquistado su existencia legal apenas tres semanas antes de que estallara el gran movimiento del 68.

Por su propia naturaleza, la PP desde el principio se mantuvo vinculada al movimiento estudiantil que, en 1971, aún sobrevivía a pesar de los fuertes golpes recibidos en todo el país. Los maestros y alumnos de la prepa nos asumíamos como parte de la lucha democrática impulsada por aquel movimiento y sus secuelas.

En ese año —1971— mi compromiso como directivo de la PP, me colocaba en una posición excepcional pero a la vez llena de exigencias y responsabilidades. Muchos alumnos, aunque apenas más jóvenes que yo<sup>1</sup> confiaban en mí y en mi juicio “político” a pesar de que, en realidad, yo tenía muy poca experiencia política. Era tal su confianza que, algunos de ellos, condicionaron a mi opinión, su asistencia a la manifestación convocada por el CoCo<sup>2</sup> y respaldada por nosotros, el 10 de junio, en solidaridad con la Universidad Autónoma de Nuevo León que padecía un conflicto con el gobierno. Confiados los muchachos aceptaban mi dicho optimista en cuanto a seguridad e imposibilidad de violencia, y es que, desde algunos días antes, pero sobre todo en las horas previas a la marcha, circulaban insistentes los rumores de una posible represión.

Con entusiasmo rayano en ligereza yo aconsejaba que no hicieran mucho caso a las advertencias sobre un peligro que no era evidente; por el contrario, insistía en que valía la pena salir de nuevo en manifestación a las calles. Era importante hacerlo: habían transcurrido en un ominoso silencio impuesto por la persecución oficial, muchos meses, casi tres años, desde las

1 En 1971 mi edad era 25 años.

2 Comité Coordinador de Comités de Lucha, que agrupaba a representantes estudiantiles.

jornadas de la fiesta democrática que hizo de la ciudad el escenario bullicioso del 68. Y como no había desde entonces, la práctica de expresar disidencias en la calle, en las asambleas debía considerarse positivo dar una señal de que a pesar de todo aún estábamos ahí. Solidarios como siempre.

Aquel era buen momento para manifestarse en la vía pública, pues también impactaba el hecho de que varios de los dirigentes del legendario Consejo Nacional de Huelga del 68, todavía encarcelados apenas unas semanas atrás, comenzaban a gozar de la libertad que les concedía la amnistía decretada por el gobierno.

El conflicto en la Universidad Autónoma de Nuevo León era la causa que provocaba la movilización. Inicialmente profesores y estudiantes regiomontanos habían presentado una propuesta de ley orgánica que proponía un gobierno paritario para la institución. El gobierno estatal, en desacuerdo, redujo el presupuesto a la universidad y obligó al Consejo Universitario a aprobar un proyecto de ley que prácticamente suprimía la autonomía. Los universitarios llamaron a la huelga y pidieron solidaridad a las demás universidades del país. Los estudiantes de la UNAM y del IPN inmediatamente respondieron. Convocaron a una manifestación masiva en apoyo a los compañeros de Nuevo León, que se llevaría a cabo el jueves 10 de junio por la tarde.

Es importante señalar que unos días antes, el 30 de mayo, el gobernador de Nuevo León, Eduardo Elizondo Lozano, renunció a su cargo y el 5 de junio entraría en vigor una nueva ley orgánica en la UANL, medidas que a juicio de los gobiernos federal y estatal resolvían el conflicto.

En la Ciudad de México el CoCo, asociación que representaba a los Comités de lucha de escuelas y facultades, que se asumía como heredera del Consejo Nacional de Huelga de 1968,

se dividió: había quienes pensaban que ya la marcha era inoportuna y sólo provocaría al gobierno. Sin embargo, la mayoría de los delegados la apoyó arguyendo que aún había muchos problemas sin resolver. La manifestación se llevaría a cabo y llegaría al Zócalo.

== O ==

Lo que ocurrió aquella tarde es públicamente conocido y basta sólo reiterar que la maquinación montada desde las esferas más altas del poder político fue una infame trampa, cuya planeación seguramente se hizo con toda frialdad y cuidado, bajo la consigna de escarmentar a una juventud no doblegada y en franco proceso de renovada militancia.

Se reunieron más de 10 mil personas para participar en la manifestación que inició en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN, en el Casco de Santo Tomás, pero cuando apenas los primeros contingentes caminaban por la avenida de los Maestros para continuar luego sobre San Cosme se interpuso la vileza cargada de violencia.

La marcha, en dos ocasiones, fue interceptada por granaderos quienes, finalmente, dejaron libre el paso a un costado de la Escuela Normal. Los numerosos contingentes de la Preparatoria Popular portábamos pancartas y gritábamos consignas contra el entonces presidente Luis Echeverría, y de rechazo a la que considerábamos una reforma educativa *burguesa*. La vanguardia continuó hacia la calzada México-Tacuba (prolongación de San Cosme), en donde se encontraban emboscados cientos, quizás más de mil, jóvenes paramilitares,





identificados después como *halcones*, dispuestos a reprimir y a contener de cualquier forma a los estudiantes.

El alevoso cerco que instrumentaron granaderos y grupos paramilitares culminó con una nueva masacre que se vino a sumar a las perpetradas tres años atrás. Casi cuatro decenas de muertos documentados y centenares de heridos fue el saldo de aquella cacería.

Los agresores, según mi personal apreciación, llegaron por San Cosme en camiones grises y en camionetas panel; al grito de ¡Viva el Che Guevara! y porras a la UNAM y al IPN. Agresivos se lanzaron corriendo contra el frente del contingente estudiantil, mientras por la retaguardia otros grupos realizaban una maniobra envolvente para copar a los manifestantes.

Ante el ataque, muchos manifestantes se atrincheraron en el interior de la Normal y de inmediato intentaron responder con piedras y con gritos, pero indefensos en su mayoría, fueron golpeados salvajemente. La policía uniformada, pasiva y complaciente, contemplaba sin intervenir.

Simultáneamente, los individuos emboscados, (*halcones* disfrazados de estudiantes), que traían distintivos con el rostro del “Che” Guevara o leyendas revolucionarias, blandían kendoros y disparaban sus armas de fuego, sobre los jóvenes manifestantes, que corrían despavoridos. Algunos francotiradores se parapetaron en patrullas policíacas, camiones de granaderos y las propias bardas escolares mientras disparaban sus armas contra la multitud y contra algunas azoteas. Cierta desorganización del ataque y el fuego cruzado, hizo que los mismos agresores se causaran algunas bajas entre sí.

== 0 ==

Por lo que a mí toca, recuerdo que hacia la medianoche, cuando al fin pude llegar a mi casa, me encontré una lista de recados telefónicos en los que me reportaban una larga relación de nombres de alumnos y compañeros muertos o desaparecidos, todos de la Prepa. El cielo me cayó encima. Por fortuna, al día siguiente desde muy temprano, en la escuela, aunque suspendidas las clases, se fueron congregando estudiantes y maestros que comentaban sus propias experiencias. Y así depuramos la relación de nuestras víctimas reales y posibles.

Yo había podido llegar a casa luego de haber escapado de halcones, granaderos, policías, balas y de la nueva matanza, tras algunas horas de haberme protegido en la azotea de uno de los edificios de la avenida de los Maestros, ubicado enfrente de una entrada lateral de la Normal; allí, por cierto, coincidí en el resguardo con el profesor Ismael Colmenares, creador del grupo Los Nakos. Aquellos edificios —pero no los departamentos sino las escaleras y azoteas— se habían convertido en improvisados refugios, pues la escuela en aquellos momentos se encontraba cerrada en aquel punto y las posibles salidas por las calles laterales estaban bloqueadas.

La lista finalmente no se corroboró pues era más producto de temores y suposiciones que de hechos confirmados. Aquella noche de la represión se convirtió pues en una pesada carga. ¿Qué hacer? Era pregunta obligada que no tenía respuesta precisa y segura.

Por lo pronto, con la relación original en la mano tendría que salir a buscar a algunos de los anotados. El inmediato contacto con compañeros dispuestos a realizar de inmediato esta penosa tarea, especialmente con Gladys, la secretaria administrativa de la preparatoria, siempre imprescindible, posibilitó que poco a



poco la nómina siniestra fuera verificada reduciéndose considerablemente su tamaño.

El número de víctimas de nuestra escuela afortunadamente se redujo a cinco o seis heridos, entre ellos, con bala en una pierna, el profesor Héctor González. Pero el peor daño fue que registramos dos sentidas pérdidas: el joven estudiante, Francisco Treviño Tavares (diecisiete años de edad), quien tras larga agonía moriría un mes después y el profesor Jorge de la Peña.

Nunca se supo la cifra real del total de muertos y heridos de aquella jornada.

A Francisco lo recuerdo esa tarde acompañándome durante la hora anterior a la salida de la manifestación; yo registraba en una grabadora de casetes, las opiniones de profesores y estudiantes que asistían a la marcha... Nos resultaba fascinante advertir la emoción que suscitaba en los participantes la expresión de solidaridad con el movimiento estudiantil de la UANL. La anunciada presencia de algunos dirigentes del movimiento de 68 recién ex-carcelados convocaba y brindaba un mayor estímulo para caminar unidos otra vez por las calles de la ciudad. Valía la pena indagar.

Una vez que los contingentes comenzaron a avanzar, Francisco se despidió pues quería marchar con sus compañeros del plantel Tacuba. Fue la última vez que lo vi, sano, alegre y entusiasta.

Más tarde lo visitaría en dos ocasiones: la primera poco después de la refriega cuando encamado en el hospital con tres balazos en el cuerpo luchaba inútilmente contra la muerte y la segunda, días después, en uno de sus últimos momentos de vigilia. Falleció exactamente al cumplirse un mes de la noche negra: el 10 de julio de 1971.

El gobierno tejió una telaraña de informes confusos y contradictorios con los que pretendió montar una explicación engañosa en la que se afirmaba, con diversos matices, que la masacre había resultado de un pleito entre grupos rivales de estudiantes; recurrió para ello a la tradicional rivalidad deportiva entre el Politécnico y la Universidad. Sin embargo, la multitud de testimonios y las fotografías impactantes publicadas en algunos medios periodísticos, probaron irrefutablemente el ataque de paramilitares a la manifestación, en ellas se veía a los disfrazados agresores protegidos por uniformados de la fuerza pública, disparando a mansalva sobre los estudiantes amparados en el interior de la Normal. El embuste, la felonía, se echó abajo.

Días después renunció Alfonso Martínez Domínguez a su cargo en el gobierno del Distrito Federal, acusado implícitamente de ser el responsable de la emboscada, en tanto que el presidente, enfático, aseguró que los culpables serían castigados. Las palabras del ejecutivo no se las llevó el viento, ahí quedaron como testimonio privilegiado de un pérfido “estilo personal de gobernar”.

Han transcurrido muchos años y mil acontecimientos enriquecieron y empobrecieron la incipiente vida democrática del país ¿Cuánto se ha olvidado de aquello? ¿Cuánto permanece? ¿Cuánto se ha deformado?... Tal vez predomina la indiferencia, el mito, la incredulidad y es por eso, entre otras motivaciones, que me he permitido dejar este íntimo recuento de daños y recuerdos.